

Contra quién y cómo defender la revolución

León Trotsky
21 de marzo de 1917

(Versión al castellano desde “Contre qui et comment défendre la révolution”, en *La guerre et la révolution*, Tomo Segundo, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 293-295.

Publicado el 21 de marzo de 1917 en *Novy Mir*.)

En nuestro caso, como en todos los demás, el imperialismo se deriva de las mismas bases de la producción capitalista. Pero el desarrollo de nuestro imperialismo se ha acelerado bajo la influencia de la contrarrevolución. Ya hemos hablado al respecto. Cuando la burguesía asustada por la revolución rechazó su propio programa de engrandecimiento del mercado interior, mediante la distribución de las tierras de los “landlords” a los campesinos, pasó a consagrar toda su atención a la política mundial. El carácter antirrevolucionario de nuestro imperialismo resalta con toda su impudicia. La burguesía imperialista prometía mejores salarios en caso de éxito y trataba de comprar a los mejores obreros mediante puestos privilegiados en la industria de guerra. La burguesía prometía tierras a los mujiks. “¿Tendremos esas nuevas tierras? [así razonaba el campesino medio que había perdido toda esperanza en recibir tierras de los nobles]; en cualquier caso, estos últimos sólo podrán disminuir y, así, nosotros seremos más libres para adquirirlas...”

La guerra fue el medio, en el sentido apropiado del término, para desviar la atención de las masas populares de los problemas internos, en primer lugar de la cuestión agraria. Éste es uno de los motivos del encarnizamiento desplegado por la nobleza liberal, y no liberal, para apoyar al imperialismo burgués en su dirección de la guerra. Bajo la bandera de “salvación del país” los burgueses liberales intentan mantener en sus manos la dirección del movimiento revolucionario y, con ese objetivo, halan no solamente del “destajista del patriotismo” Kerensky, sino verosímilmente también de Cheidse, representante de los elementos oportunistas de la socialdemocracia.

El giro tomado por la guerra y la lucha por la paz vuelve a plantear crudamente todos los problemas internos y, ante todo, la cuestión agraria... Ésta hunde una cuña profunda en el bloque noble, burgués, militar y patriótico. Kerensky tendrá que escoger entre los “liberales” del 3 de junio, que quieren desviar la revolución en beneficio de los capitalistas, y los revolucionarios, que quieren tratar el problema agrario en toda su amplitud, es decir confiscar para el pueblo las tierras de la corona, también las de los nobles, monasterios y de la Iglesia. Sea cual sea la elección personal de Kerensky, ésta no significará absolutamente nada: este joven abogado de Saratov, “suplicando” a los soldados en los mítines que lo fusilen si no le conceden su confianza y, al mismo tiempo, amenazando a los trabajadores internacionalistas, no pesa mucho en las balanzas de la revolución. Ocuparse de las masas campesinas es otro asunto muy diferente. Hacerlas bascular de nuestro lado es el problema actual más agudo, más urgente.

Sería un crimen querer resolver este problema adaptando nuestra política a la del socialpatriotismo en lo concerniente al campesinado; el obrero ruso marcharía al suicidio saldando el precio de su acuerdo con los campesinos a costa de la ruptura de sus lazos con el proletariado europeo. Pero no existe ninguna necesidad de ello.

Tenemos en nuestras manos un arma más poderosa: mientras que el gobierno de los Lvov, Guchov, Miliukov y Kerensky está obligado a tergiversar la cuestión agraria, nosotros podemos, y debemos, plantearla en toda su amplitud ante las masas campesinas.

-Puesto que la reforma agraria es imposible, ¡estamos a favor de la guerra imperialista! Gritó la burguesía rusa después de la tentativa de 1905-1907.

-¡Dadle la espalda a la guerra imperialista oponiéndole la revolución agraria! Les decimos nosotros a las masas campesinas refiriéndonos a la prueba de 1914-1917.

Esta cuestión agraria jugará un enorme papel en el acercamiento de los cuadros proletarios del ejército y de la masa campesina. “¡Constantinopla no, la tierra del señor sí!” le dirá el soldado proletario al soldado campesino explicándole los objetivos de la guerra imperialista. Del éxito de nuestra propaganda en nuestra lucha contra la guerra (entre los obreros en primer lugar e, inmediatamente después, entre las masas de campesinos y soldados) dependerá la rapidez con la que el gobierno liberal-imperialista será reemplazado por un Gobierno Obrero Revolucionario que se apoye directamente en el proletariado y atraiga hacia él a la población del campo.

Únicamente un poder que no se oponga a la presión de las masas sino que, por el contrario, las guie, será capaz de asegurar la suerte de la revolución y de la clase obrera. Crear tal poder es actualmente el problema fundamental de base de la revolución.

La Asamblea Constituyente no tiene por el momento más que un barniz revolucionario. ¿Quién se oculta tras de ella? ¿Qué aportará esta Asamblea? Esto dependerá de sus elementos. Y éstos dependen de quien convoque la Asamblea Constituyente y de las condiciones bajo las que se realice esa convocatoria.

Rodzianko, Miliukov y Guchov hacen todos los esfuerzos posibles para crear una Asamblea Constituyente que les sea favorable. Su baza más fuerte es la consigna de la Unidad Nacional contra el enemigo exterior. Ahora nos contarán que es indispensable salvar “las conquistas de la revolución” de las garras de los Hohenzollern, y los socialpatriotas los acompañarán haciendo coro.

Sin embargo, diremos nosotros, habría alguna cosa que salvaguardar. En primer lugar, es preciso meter la revolución a salvo del enemigo interior. Sin esperar a la Asamblea Nacional es necesario barrer la suciedad monárquica en todos los rincones. Hay que enseñarle al pueblo ruso la desconfianza frente a las promesas de Rodzianko y las mentiras de Miliukov. Hay que lanzar a los millones de campesinos contra los liberales imperialistas, bajo la bandera de la revolución agraria y de la república. Esta tarea no la podrá cumplir más que un Gobierno Obrero Revolucionario que eche del poder a los Guchov y Miliukov. Ese gobierno hará todo lo necesario para ilustrar, poner en pie y unir a las capas más retardatarias, más ignorantes, de las ciudades y del campo. Solamente gracias a un tal gobierno y trabajo preparatorio, la Asamblea Constituyente dejará de ser un paravientos de los intereses capitalistas y será un órgano efectivo del pueblo y de la revolución.

Pero ¿cómo comportarse frente a los Hohenzollern cuyas armas amenazarán a la revolución triunfante?

Ya hemos escrito al respecto. La revolución rusa representa un peligro incomparablemente más grande para los Hohenzollern que los apetitos e intenciones de la Rusia Imperial. Cuanto más deprisa se quite la revolución su careta guchov-miliukoniana, más grande será la repercusión en Alemania y más incapaces de ahogar a la revolución rusa serán los Hohenzollern, pues ya tendrán bastante qué hacer en su propio país.

-¿Y si el proletariado alemán no se levanta? ¿Qué haremos entonces?

-En resumidas cuentas usted supone que la revolución rusa puede tener lugar sin ninguna repercusión en Alemania –incluso en el caso en el que el movimiento obrero tome el poder en nuestro país. Es absolutamente imposible.

-Pero ¿incluso si...?

-Por el momento no tenemos por qué rompernos la cabeza en cuanto a suposiciones tan inverosímiles. La guerra ha hecho de Europa un verdadero barril de pólvora. El proletariado ruso lanza en ella una antorcha encendida. Suponer que esa antorcha no provocará explosión es ir contra todas las leyes de la lógica y de la psicología. Pero si se produce lo inverosímil, si los socialpatriotas les impiden a los proletarios alemanes levantarse contra las clases dirigentes, entonces, y esto cae por su peso, el proletariado ruso defendería la revolución con las armas en la mano. El Gobierno Obrero Ruso haría la guerra contra los Hohenzollern llamando a los trabajadores alemanes a luchar contra el enemigo común. Igualmente, si el proletariado alemán llega al poder tendrá el deber de luchar contra la camarilla de los Gučov y Miliukov a fin de ayudar al pueblo ruso a zanjar sus cuentas con su enemigo imperialista. Bajo esas condiciones, la guerra llevada adelante por el proletariado no sería otra cosa sino una revolución armada. Se trataría entonces no ya de “defensa de la patria” sino de defensa de la revolución y de su prolongación al resto de países.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es